

# In Unum

*“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”*

**Publicación mensual del**

**“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” ABRIL 2012**

La Palabra de San Luis Orione

(Sacado del libro “Un Profeta de nuestro tiempo”)

*Aunque muchas veces hayamos leído estas frases de Don Orione, siempre es bueno refrescar la memoria y repasar las palabras del Padre en estos días tan especiales.*

¡Cristo ha resucitado, y está con nosotros! Esperanza nuestra llena de inmortalidad: Cristo ha resucitado y nos precede, Rey victorioso, Rey invencible: ¡Aleluya!

“¡Estamos en Pascua!, Hermanos míos, **¿cómo no pasar de la tibieza al fervor de espíritu?** Porque si alguien se sintiera lejos de las fuentes divinas de la gracia, ¿no va a querer resucitar de la muerte del pecado a la vida en Cristo y no va a darle a su propia alma la paz, la serenidad plena, la fe viva y enérgica del bien?

“¡Cristo ha resucitado! ¿y qué nos queda por hacer a nosotros, hermanos, en este tiempo de ácidos pascuales? Que con las resoluciones más santas, con las intenciones más puras, con el corazón más humilde, vayamos a Jesús de madrugada al despuntar el sol, es decir después de habernos librado de la negra capa de nuestros vicios y pecados, con una buena confesión.

“Y vayamos a su tumba con bálsamos y aromas, con el incienso de nuestras acciones y de nuestras virtudes. Y no nos espante la pesada piedra: ya ha sido removida, y se ha hecho liviana. La resurrección de Jesús ha facilitado todas las leyes, ilumina los misterios, reconforta nuestra vida con la esperanza del cielo.

“Qué la alegría y la felicidad de la resurrección consuelen en la fe a las inteligencias, hagan suave al corazón la Palabra del Señor, y nos permitan degustar aquí y ahora el gozo de nuestra propia resurrección a la vida eterna y a la gloria de Jesucristo. ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

“¡Estamos en Pascua! Alabemos y celebremos con gozo inefable esta gran solemnidad cristiana, con los ácidos santos de la pureza, de la verdad y de la caridad. Redimidos y santificados por la virtud de Cristo, hagamos el propósito de mantenernos siempre ácidos de fe, de honestidad, de pureza, para que el Señor nos llene de toda su santa alegría, y nuestra vida sea fervor de santidad, y el corazón viva en Cristo, brille e incendie a todos con la caridad de Cristo.

*(En esta parte, sintamos como si Don Orione estuviese bendiciéndonos en este momento)*

“Que la bendición de este pobre sacerdote, amigo y padre de todos ustedes, sea anuncio y anticipo de aquella bendición abundante que Dios misericordioso querrá concederles en el día sin fin de la gloria.

“¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya! ¡Felices Pascuas a todos y a cada uno!”



Había también algunas mujeres

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena (Jn. 19, 25). Por una vez, pongamos aparte a María, su Madre. Su presencia en el Calvario no requiere de explicaciones. Era «su madre» y esto lo dice todo; las madres no abandonan a un hijo, aunque esté condenado a muerte. ¿Pero por qué estaban allí las otras mujeres? ¿Quiénes y cuántas eran?

Los evangelios dicen el nombre de algunas de ellas: María de Magdala, María –la madre de Santiago el menor y de Josed–, Salomé –madre de los hijos de Zebedeo–, una cierta Juana y una tal Susana (Lc.8, 3). Llegadas con Jesús de Galilea, estas mujeres le habían seguido, llorando, en el camino al Calvario (Lc.23, 27-28), ahora en el Gólgota observaban «de lejos» (o sea, desde la distancia mínima que se les permitía) y en poco tiempo le acompañan, con tristeza, al sepulcro con José de Arimatea (Lc.23, 55).



Este hecho está demasiado comprobado y es demasiado extraordinario como para pasar por encima de él apresuradamente. Las llamamos, con una cierta condescendencia masculina, «las piadosas mujeres», pero son mucho más que «piadosas mujeres», ¡son igualmente «Madres Coraje!» Desafiaron el peligro que existía en mostrarse tan abiertamente a favor de un condenado a muerte. Jesús había dicho: «¡Dichoso aquél que no halle escándalo en mí!» (Lc.7, 23). Estas mujeres son las únicas que no se escandalizaron de Él.

Se discute vivamente desde hace algún tiempo quién fue quien quiso la muerte de Jesús: los jefes judíos o Pilato, o los unos y el otro. Una cosa es cierta en cualquier caso: fueron los hombres, no las mujeres. Ninguna mujer está involucrada, tampoco indirectamente, en su condena. Hasta la única mujer pagana que se menciona en los relatos, la esposa de Pilato, se disoció de su condena (Mt 27, 19). Es cierto que Jesús murió también por los pecados de las mujeres, pero históricamente sólo ellas pueden decir: «¡Somos inocentes de la sangre de éste!» (Mt 27, 24).

Éste es uno de los signos más ciertos de la honestidad y de la fidelidad histórica de los evangelios: el papel mezquino que hacen en ellos los autores y los inspiradores de los evangelios y el maravilloso papel que muestran de las mujeres. ¿Quién habría permitido que se conservara, con memoria imperecedera, la ignominiosa historia del propio miedo, huida, negación, agravada además por la comparación con la conducta tan distinta de algunas pobres mujeres; quién, repito, lo habría permitido, si no hubiera estado obligado por la fidelidad a una historia que ya se mostraba como infinitamente mayor.

Siempre ha surgido la cuestión de cómo es que las «piadosas mujeres» son las primeras en ver al Resucitado y a ellas se les dé la misión de anunciarlo a los apóstoles. Éste era el modo más seguro de hacer la resurrección poco creíble. El testimonio de una mujer no tenía peso alguno. Tal vez por este motivo ninguna mujer aparece en el largo elenco de quienes han visto al Resucitado, según el relato de Pablo (1 Cor. 15, 5-8). Los propios apóstoles, respecto a las primeras, tomaron las palabras de las mujeres como «un desatino» completamente femenino y no las creyeron (Lc. 24, 11).

Los autores antiguos creyeron conocer la respuesta a este interrogante. Las mujeres, dice en un himno Romano el Melode, son las primeras en ver al Resucitado porque una mujer, Eva, ¡fue la primera en pecar! Pero la respuesta auténtica es otra: las mujeres fueron las primeras en verle resucitado porque habían sido las últimas en abandonarle muerto e incluso después de la muerte acudían a llevar aromas a su sepulcro (Mc. 16,1).

Debemos preguntarnos por el motivo de este hecho: ¿por qué las mujeres resistieron al escándalo de la cruz? ¿Por qué se le quedaron cerca cuando todo parecía acabado e incluso sus discípulos más íntimos le habían abandonado y estaban organizando el regreso a casa?

La respuesta la dio anticipadamente Jesús, cuando contestando a Simón, dijo acerca de la pecadora que le había lavado y besado los pies: «¡Ha amado mucho!» (Lc. 7, 47). Las mujeres habían seguido a Jesús por Él mismo, por gratitud del bien de Él recibido, no por la esperanza de hacer carrera después. A ellas no se les habían prometido «doce tronos», ni ellas habían pedido sentarse a su derecha y a su izquierda en su reino. Le seguían, está escrito, «para servirle» (Lc. 8, 3; Mt 27, 55); eran las únicas, después de María, su Madre, en haber asimilado el espíritu del Evangelio. Habían seguido las razones del corazón y éstas no les habían engañado.

En sí, su presencia junto al Crucificado y el Resucitado contiene una enseñanza vital para nosotros hoy. Nuestra civilización, dominada por la técnica, tiene necesidad de un corazón para que el hombre pueda sobrevivir en ella, sin deshumanizarse del todo. Debemos dar más espacio a las «razones del corazón» si queremos evitar que la humanidad vuelva a caer en una era glacial.

En esto, a diferencia de muchos otros campos, la técnica es muy poca ayuda. Se trabaja desde hace tiempo en un tipo de ordenador que «piensa» y muchos están convencidos de que se logrará. Pero nadie hasta ahora ha proyectado la posibilidad de un ordenador que «ame», que se conmueva, que salga al encuentro del hombre en el plano afectivo, facilitándole amar, como le facilita calcular las distancias entre las estrellas, el movimiento de los átomos y memorizar datos...

A la potenciación de la inteligencia y de las posibilidades cognitivas del hombre no le sigue con el mismo ritmo, lamentablemente, la potenciación de su capacidad de amar. Esta última, más bien, parece que no cuenta nada, aunque sabemos muy bien que la felicidad o la infelicidad en la tierra no dependen tanto de conocer o no conocer, sino de amar o no amar, de ser amado o no ser amado. No es difícil entender por qué estamos tan ansiosos de incrementar nuestros conocimientos y tan poco de aumentar nuestra capacidad de amar: **el conocimiento se traduce automáticamente en poder, el amor en servicio.**

Una de las idolatrías modernas es la del «coeficiente intelectual». Existen varios métodos para medirlo. ¿Pero quién se preocupa de tener en cuenta también el «coeficientes del corazón»? Sin embargo sólo el amor redime y salva, mientras que la ciencia y la sed de conocimiento, solas, pueden llevar a la condenación. Es la conclusión del *Fausto* de Goethe y es también el grito que lanza el cineasta que hace clavar simbólicamente al suelo los preciosos volúmenes de una biblioteca y hace exclamar al protagonista que «todos los libros del mundo no valen lo que una caricia». Antes que ellos, San Pablo había escrito: «La ciencia hincha, el amor en cambio edifica» (1 Cor 8,1).

Después de tantas eras que han tomado nombre del hombre – *homo erectus*, *homo faber*, hasta el *homo sapiens-sapiens*, o sea, el sapientísimo de hoy –, es deseable que se abra por fin, para la humanidad,

una era de la mujer: una era del corazón, de la compasión, y que esta tierra deje ya de ser «la pequeña tierra que nos hace tan feroces».

De todo lugar brota la exigencia de dar más espacio a la mujer. Nosotros no creemos que «el eterno femenino nos salvará». La experiencia diaria demuestra que la mujer puede «elevarnos», pero que también puede hacernos caer. También ella tiene necesidad de ser salvada por Cristo. Pero es cierto que, una vez redimida por Él y «liberada», en el plano humano, de antiguas discriminaciones, ella puede contribuir a salvar nuestra sociedad de algunos males arraigados que se ciernen amenazantes: violencia, voluntad de poder, aridez espiritual, desprecio de la vida...

Sólo hay que evitar repetir el antiguo error gnóstico según el cual la mujer, para salvarse, debe dejar de ser mujer y transformarse en hombre. El prejuicio está tan enraizado en la cultura que las propias mujeres han acabado, a veces, por sucumbir a él. Para afirmar su dignidad, han creído necesario asumir actitudes masculinas, o bien minimizar la diferencia de sexos, reduciéndola a un producto de la cultura. «Mujer no se nace, sino se hace», dijo una de sus ilustres representantes.

¡Qué agradecidos tenemos que estar a las «piadosas mujeres»! A lo largo del camino al Calvario, sus sollozos fueron el único sonido amigo que llegó a oídos del Salvador; sobre la cruz, sus «miradas» fueron las únicas que se posaron con amor y compasión en Él.

La liturgia bizantina ha honrado a las piadosas mujeres dedicándoles un domingo del año litúrgico, el segundo después de Pascua, que toma el nombre de «domingo de las Miróforas», esto es, de las portadoras de aromas. Jesús está contento de que se honren en la Iglesia a las mujeres que le amaron y creyeron en Él en vida. Sobre una de ellas –la mujer que vertió en su cabeza un frasco de unguento perfumado – hizo esta extraordinaria profecía, puntualmente cumplida en los siglos: «Dondequiera que se proclame este Evangelio, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya» (Mt. 26,13).

Las piadosas mujeres, no están sólo, en cambio, para admirar y honrar, sino también para imitar. San León Magno dice que «la pasión de Cristo se prolonga hasta el final de los siglos» y Pascal ha escrito que «Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo». La Pasión se prolonga en los miembros del cuerpo de Cristo. Son herederas de las «piadosas mujeres» las muchas mujeres, religiosas y laicas, que permanecen hoy al lado de los pobres, de los enfermos de Sida, de los encarcelados, de los rechazados de cualquier tipo por parte de la sociedad. A ellas –creyentes o no creyentes – Cristo repite: «A mí me lo hicieron» (Mt. 25, 40).

No sólo por el papel desempeñado en la pasión, sino también por el de la resurrección, las piadosas mujeres son ejemplo para las mujeres cristianas de hoy. En la Biblia se encuentran, de un extremo a otro, los «¡ve!» o los «¡vayan!», esto es, los envíos por parte de Dios. Es la palabra dirigida a Abrahán, a Moisés («Ve, Moisés, a la tierra de Egipto»), a los profetas, a los apóstoles: «Vayan por todo el mundo, prediquen el Evangelio a toda criatura». Todos son «¡vayan!» dirigidos a los hombres. Existe un solo «¡vayan!» dirigido a las mujeres, el que le dijo a las mujeres en la mañana de Pascua: «Entonces les dijo Jesús: "Vayan, avisen a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán"» (Mt 28, 10). Con estas palabras las constituía en las primeras testigos de la resurrección, «maestras de maestros», como las llama un antiguo autor.

Es una pena que, a causa de la equivocada identificación con la mujer pecadora que lava los pies de Jesús (Lc.7, 37), María Magdalena haya acabado por alimentar infinitas leyendas antiguas y modernas y haya entrado en el culto y en el arte casi sólo en calidad de «penitente», más que como primer testigo de la resurrección, «apóstol de los apóstoles», como la define Santo Tomás de Aquino.

Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos (Mt. 28, 8). Mujeres cristianas, sigan llevando a los sucesores de los apóstoles, el gozoso anuncio: ¡El Maestro está vivo! ¡Ha resucitado! Los precede en Galilea, o sea, ¡dondequiera que vayan!». Continúen el antiguo cántico que la liturgia pone en boca de María Magdalena: «Muerte y vida se han enfrentado en un prodigioso duelo: el Señor de la vida estaba muerto, pero ahora está vivo y reina». La vida ha triunfado, en Cristo, sobre la muerte, y así sucederá un día también en nosotros. Junto a todas las mujeres de buena voluntad, ustedes son la esperanza de un mundo más humano.

A la primera de las piadosas mujeres e incomparable modelo de éstas, la Madre de Jesús, repetimos una antigua oración de la Iglesia: «Santa María, socorre a los pobres, sostén a los frágiles, conforta a los débiles: ruega por el pueblo, intercede por el devoto sexo femenino».



### Es el Señor (Juan 21)

**L**os acontecimientos se habían sucedido con tal precipitación, que el pobre Pedro no había tenido ni siquiera tiempo de pensar y menos reaccionar.

Lo de la Cena fue como un sueño. No entendió nada. Quizá, incluso, la pena y el calor del asador, lo habían llevado esa noche a algún trago de más.

En el Huerto los sucesos lo sorprendieron sin darle tiempo a despertarse del todo. Y luego los acontecimientos se habían derrumbado sobre él como una pesadilla. Cada vez que quiso afirmarse, fue para caer en un resbalón peor: el golpe de la espada, y el reto del Señor; el desconcierto y la huida; el seguimiento a escondidas; la imprudencia en entrar; la pregunta inesperada y la respuesta evasiva; por último el interrogatorio del que escapó con juramento en falso.

Todo esto, reiterado. Hasta que el gallo le refrescó la memoria, como si de pronto le amaneciera dentro del corazón. Vino entonces la mirada de Jesús y la respuesta de un largo llanto.

Casi sin tiempo intermedio ocurrieron la condena de Jesús, su muerte y la sepultura. Todo ello vivido desde la impotencia de un espectador más, teniendo encima el remordimiento de una traición para la que no había podido encontrar ocasión de disculparse. Y luego de la sepultura, como si todo aquello no quisiera acabar, estuvo el miedo a los judíos, siempre en guardia contra los galileos exaltados.

¿Qué tenía que ver todo aquello con su amor por el Maestro? Es que acaso, toda esa serie de gestos sorpresivos y semiinconscientes: ¿podrían anular los tres años de seguimiento incondicional? El Señor ¿podría realmente creer que él lo había seguido sin convicción, y lo había traicionado por desafecto?

Luego vino la Resurrección. Ningún gesto especial para él. La preferencia fue para la Magdalena. Y eso que él había salido corriendo con su amigo para cerciorarse de lo sucedido.

Sólo el sepulcro vacío y la ropa doblada. Quizá sintiera envidia de Cleofás y de su compañero. Esa hubiera sido una buena oportunidad para dar explicaciones. Seguramente él sí lo hubiera reconocido. Aunque ya estaba medio escarmentado y no quería hacer comparaciones con los otros.

Luego la nada. El regreso a Galilea y el reinicio de la vida normal. Y ahora una noche vacía de pesca, como tantas veces en otros tiempos. ¿Sería simplemente el vacío la respuesta de su ansia de oportunidad?



Un forastero en la orilla. Una pregunta enigmática y con tono amigo de confianza. Una orden absurda y misteriosa. Y un resultado desproporcionado. Toda esta escena tenía detrás demasiada reminiscencias como para no alertar el alma de Pedro, con todo su mundo interior tensionado, mientras en ropa interior luchaba con una red llena hasta romperse.

En ese momento se le acerca el amigo, confidente y testigo de todos los últimos sucesos. El de las señas sobreentendidas y de las preguntas en voz baja. Un joven a quien la experiencia aún no le había asesinado la esperanza. El que vio y creyó. El que llegó antes, pero respetó precedencias. Este discípulo se le acercó a Pedro y le susurró su descubrimiento: *¡Es el Señor!*

El anuncio lo agarró a Pedro sin defensa, pero no sin disponibilidad. Manoteó la ropa y se largó al agua. *“¡Ahora o nunca! se dijo”*. Quería tener la oportunidad de asegurar su amor al Señor. O quizá, la certeza de que el Señor no le había retirado su confianza.

Y nuevamente se encontró con una serie de gestos comunitarios, sin ninguna particularidad para él. El desayuno y el recuento de los peces. Y una pregunta que estaba en los labios de todos, pero que nadie se atrevió a hacer: *“Tú, ¿quién eres?”* Porque sabían que era el Señor, sobre todo al verle realizar el gesto inconfundible de partir el pan y compartirlo.

Y, finalmente solos. Pedro no puede dirigir el diálogo. Tiene que responder a un examen y aceptar un encargo.

La elección de Dios no es un camino que uno elige. Es un misterio al que se responde. Pero un misterio de amor al que sólo se puede responder con amor, que incluso hace superar el propio pecado y que encierra un servicio concreto.

Y finalmente vendrá la muerte, que tampoco será algo elegido. Será el final lógico de un proyecto vivido según Dios. Del resto se encargará Él. Pero eso ya pertenece a la fe. Lo sabemos, pero es imposible conocerlo. Todo lo que imaginamos será una simple manera de alimentar el “mientras tanto”. Dios no se dedica a satisfacer nuestra curiosidad. Nos toma demasiado en serio. A Él le interesa nuestra plenitud, no un simple retazo de nuestra imaginación.

*“Si yo quiero que las cosas sean así, ¿qué te importa? Tú sígueme”.*

(Del Padre Mamerto Menapace de lo que hemos quitado algún argentinismo para que pueda comprenderse mejor en otros países).



## El ingenio de una hormiga

**H**ace un tiempo me puse a observar detenidamente la vida de las hormigas, y confieso que quedé asombrado al verlas trabajar con tanto orden y empeño. Pero una hormiga en particular atrajo mi atención. Negra y de tamaño mediano, llevaba como carga una pajita que era seis veces más larga que ella

misma. Después de avanzar casi un metro con semejante carga, llegó a una especie de grieta, estrecha pero profunda, formada entre dos grandes piedras. Probó cruzar de una manera y de otra, pero todo su esfuerzo fue en vano. Hasta que por fin la hormiguita hizo lo insólito. Con toda habilidad apoyó los extremos de la pajita en un borde y otro de la grieta, y así se construyó su propio puente, sobre el cual pudo atravesar el abismo. Al llegar al otro lado, tomó nuevamente su carga y continuó su esforzado viaje sin inconvenientes.

La hormiga supo convertir su carga en un puente, y así pudo continuar su viaje. De no haber tenido esa carga, que bien pesada era para ella, no habría podido avanzar en su camino... ¿Captamos la moraleja? ¡Cuántas veces nos quejamos por los problemas y las cargas que debemos soportar! Pero sin darnos cuenta, esas mismas cargas –bien tomadas – pueden convertirse en puentes y peldaños que nos ayudan a triunfar.

Una deficiencia cardíaca hizo de un médico un famoso cardiólogo; el impedimento físico convirtió al joven en un gran escritor; la timidez del estudiante lo llevó a ser un destacado investigador. ¡Cuántos otros ejemplos podríamos mencionar! Todos para mostrar la misma verdad: que con frecuencia debemos padecer males para disfrutar luego de los bienes mayores; que debemos llevar con valor nuestras cargas para luego convertirlas en puentes de éxito y prosperidad.

¿Estás soportando en este momento algún problema o adversidad? Recuerda que nada conseguirás quejándote o angustiándote. Confía en Dios, Él no permitirá que el problema te aniquile, Más bien te dará fuerzas para seguir con valor y lograr mayores alturas.



### ¿Cómo es nuestra esperanza?

**M**uchas veces somos cambiantes, de pronto estamos eufóricos, de pronto deprimidos, sin saber a qué atenernos. En dichos casos sólo somos espectadores de nuestros estados de ánimo, pero puede suceder que no nos estamos ejercitando en la virtud de la esperanza.

En estos tiempos, con los diarios y los noticieros “goteando sangre”, debemos, como nunca, aferrarnos a la esperanza que nace de una fe firme e inmovible y decir: “Creo, pero aumenta mi fe”. Sin embargo, no basta creer y tener esperanza sólo en nuestro corazón, debemos ser portadoras de esperanza para aquellos que flaquean o la han perdido.

Esperanza es comprender que en la vida no todas son flores, ni todos son paisajes risueños; es creer que en la noche más oscura las estrellas siguen brillando detrás de las nubes, y que el dolor más ingrato, a la larga, tendrá un buen fin. No olvidarnos que para los que aman a Dios, todo coopera para el bien.

No suspiremos demasiado por el fardo pesado que estamos llevando. No tenemos un Dios a parte, ni tampoco podemos darnos el lujo de rechazar nuestra cruz. Dejemos que la Resurrección de Cristo ilumine nuestras vidas. Recemos las unas por las otras y deseémonos mutuamente: **¡FELICES PASCUAS! JESÚS HA RESUCITADO PARA VENIR A ILUMINAR NUESTRA ESPERANZA.**



### Intenciones del Papa para Marzo

**GENERAL:** Para que muchos jóvenes sepan acoger el llamado de Cristo a seguirlo en el sacerdocio y en la vida religiosa.

**MISIONERA:** Para que Cristo resucitado sea signo de segura esperanza para los hombres y mujeres del continente africano.

**CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA:** Por los matrimonios y su fidelidad conyugal para que sean testimonio de amor y de entrega.



### ¡Sonríe, por favor!

**U**n hombre estaba arriba de una higuera sentado sobre una rama y se veía claramente que estaba comiendo algo. Uno que pasaba por allí lo ve y le pregunta:

–¿Qué estás haciendo allá arriba?

–Estoy comiendo mandarinas.

–¿Estás loco? La higuera no da mandarinas.

–¿Y a mí qué me importa? Yo las traigo en el bolsillo.



**¡Madre... omnipotente en gracia ante el corazón de Dios, ruega por nosotros, pecadores!**

(San Luis Orione).